





MARÍA DE CASTILLA
La reina que luchó
por el sueño templario



JAVIER MÁS

MARÍA DE CASTILLA
La reina que luchó
por el sueño templario

ÁLTERA

EDICIONES

Primera edición: junio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Más

ISBN: 978-84-948886-4-9

ISBN digital: 978-84-948886-5-6

Depósito legal: M-20447-2019

Ediciones Áltera

C/Marcenado 14

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*Espero devolver, a través de estas páginas,
todo el tiempo robado.
Es vuestro.*



Barcelona, mayo de 1418

El caballo, contagiado por la furia del jinete, relinchaba embravecido. Rodrigo, con más temple que su fiel montura, tiraba de las riendas para frenar un arranque descontrolado. Cuatro frenéticos días de persecución le habían llevado a él y a sus hombres ante ese definitivo instante en el que iban a saciar su ansiada venganza. Los tres sentían la incontenible necesidad de lanzarse contra su enemigo sin dilación, pero la fría cabeza del capitán les retenía. Esperaba alumbrar la mejor estrategia para abordar la nave del cardenal Adimari por su flanco débil.

El decadente legado papal, arzobispo de Pisa gracias a las tierras que donó al patrimonio del nuevo papa, no se había percatado aún de la llegada de Rodrigo de Luna y sus *Trainners*. La temible prepotencia que le caracterizaba había vuelto a sus ojos tras unos días en los que el acoso de los soldados de la orden le había hecho sentir que su vida estaba en peligro. Convencido de estar ya a salvo, se dirigió orgulloso hacia el castillo de popa mientras esperaba a que la embarcación zarpase en dirección a su añorada Roma. Empujó con desdén a un viejo marinero y subió por las escaleras de estribor. Desde allí veía cómo empequeñecían unas tierras a las que nunca había querido viajar y de las que no portaba buenas noticias al papa, Martín V.

Los ojos de Rodrigo se encendieron con una furia incandescente cuando vio al cardenal apoyar sus brazos sobre la barandilla de la carabela. Recordó a su tío, Benedicto XIII, en el balcón del castillo de Peñíscola frente a la plácida mansedumbre del Mediterráneo. Ese enviado de Martín V logró llegar hasta uno de los sirvientes más cercanos al Papa Luna y compró su voluntad, como era habitual en la ciudad de San Pedro. El traidor envenenó al anciano papa pero, de forma casi milagrosa, sobrevivió. Había llegado el

momento de derramar la sangre de Adimari por las verdiazuladas aguas del puerto de Barcelona.

—¡Ausias, por el flanco derecho para evitar el levado de anclas de la embarcación! —El capitán de los *Trainners* decidió, por fin, lanzarse a por el prelado. Forzó el giro del caballo sobre sí mismo y se dirigió a su otro hombre—: ¡Gonzalo, galopa hasta la Galera y accede a cubierta para envolver mi asalto! Yo trataré de llegar a la posición del cardenal.

El soldado cargó hacia su objetivo. Rodrigo desenfundó y al ver el destello de la hoja de doble filo, tornó su pensamiento en un susurro involuntario: «Cuando lo tenga delante, nada impedirá que apague el brillo de mi espada con su ponzoñosa sangre».

El capitán aguardaba con cautela a que el corazón del caballo llenara otra vez de oxígeno los músculos traseros para recuperar su decaído vigor. Consideraba a aquel animal como una extensión de su propia fuerza, lo comprendía, sabía leer cada uno de sus gestos. Al notar cómo se aflojaban las riendas, dirigió la mirada al caballo para asegurarse de que levantaba de nuevo la cabeza. Era el momento. Dio un rápido golpe de estribo e inició el galope. En ese instante, cuando más alto brillaba el sol, cuando la sombra que el sobrino del Papa Luna proyectaba sobre el suelo empedrado del puerto desaparecía bajo sus pies, toda su ira se desbordó incontenible.

El jaleo de los *Trainners* y el fuerte relinchar de los animales inició un ruidoso revuelo que se extendió como la pólvora. El cardenal, junto a la mesana de la nave, volvió su mirada hacia la algarabía y descubrió a Rodrigo de Luna.

Una fuerte punzada atravesó su pecho hasta congelarle el alma. Pálido como la cera, incapaz de reaccionar, comprendió que esta vez la muerte no iba a dejarlo escapar. De forma involuntaria, empezó a balbucear algunas oraciones en latín.

Desde el puente de mando de la galera, el secretario personal del arzobispo reaccionó con rapidez y obligó a los marineros a empujar la embarcación, apoyados sobre los remos de la eslora de

estribor, mientras el contraalmirante del navío corría delirante de proa a popa y daba gritos a diestra y siniestra. En un desesperado intento de poner en movimiento la enorme nave, indicó a los proeles, contra el procedimiento habitual, que izaran el velamen de la Mayor a la vez que levasen el ancla.

Rodrigo galopaba inclinado hacia delante. Tocó con su talón el estómago del caballo para aumentar la velocidad. Los comerciantes, temerosos de la embestida de los soldados, comenzaron a avisar a gritos a sus compañeros. Pescadores y estibadores, comerciantes y mercaderes, mujeres con ánforas, mendigos, tullidos e incluso soldados que esperaban para embarcar con destino a Nápoles se apartaban al paso del capitán. Tomada la curva del tinglado norte, el animal, con su enorme fuerza de giro, provocó que cayeran al suelo dos puestos de pescado. El caos hizo entrar en pánico a la muchedumbre, que se dirigió hacia la zona de embarque en un intento por huir de los *Trainers*. Rodrigo reevaluó la situación. Para evitar que su caballo cayera al suelo, tiró fuerte de la embocadura, hizo contrapeso con el cuerpo y frenó con suavidad la carrera para virar la dirección de la carga. Durante la acción, no dejó de mirar ni un instante a Adimari. Notaba su miedo de forma tan vívida que percibía las súplicas del prelado desde la distancia.

El ataque de los *Trainers* y los gritos del contraamaestre habían azuzado a los hombres del cardenal, que recogieron los últimos eslabones y fijaron el ancla. A la vez, dos marineros de puerto apoyaron sendos palos en el espolón de proa e intentaron marcar el rumbo de la nave. Juan, que cabalgaba por la derecha a unos cien metros, observó irritado el movimiento inicial del botalón de la galera. Aunque sus fuerzas empezaban a flaquear en el peor momento, estaba seguro de poder alcanzar la nave.

El cardenal permanecía hipnotizado por la espada de Rodrigo. Notaba latir su corazón con gran intensidad. La imagen de Roma, de su palacio en la vía Dominica, de su preciada cruz bizantina con gemas preciosas, vino a su mente al mismo tiempo que se sentía abandonar este mundo.

Maldijo al papa de Roma, al que nunca había profesado obediencia ciega, por enviarlo a la Corona de Aragón para dar muerte a Benedicto XIII. Pero de Martín V temía todo. Su vida y la de su familia estaban en manos del pontífice. El cardenal recordó entonces las historias sobre el poder eterno conferido por Dios al anciano de Peñíscola. Aquel otro papa había visto pasar ante sus ojos a decenas de enemigos que perecieron uno tras otro y sus fieles lo proclamaban como verdadero pontífice desde hacía lustros. La duda lo paralizó por completo. Estaba indefenso ante la espada vengadora de Rodrigo, presta a atravesar su cuerpo.

A su izquierda, el contraalmirante se acercó hasta la proa. Con sus propias manos, abrió de golpe la vela del trinquete hasta su máxima envergadura, ciñó la escota y tensó casi hasta el límite la tela. A la vez, mandó a los remeros de estribor comenzar a bogar mientras mantenía inmóviles a los de babor. Con ello esperaba ganar barlovento y que la nave, a pesar de no haber desplegado el velamen completo, zarpase.

Una pequeña racha de viento entró por el costado de la galera con suficiente fuerza como para lograr separarse unos metros del muelle e iniciar la navegación.

Rodrigo, muy próximo a la embarcación, observó la rápida maniobra. Sintió un fuerte dolor en el pecho, como si la espada de Martín V se introdujera con lentitud en su cuerpo y abriera poco a poco una herida que se hacía más lacerante cuanto más se alejaba el cardenal. Cogió las riendas del caballo, amarró una de ellas hacia atrás, estiró las piernas, incurvó al animal y provocó que éste frenase en seco.

El capitán de los *Trainiers* descabalgó enfurecido. Caminó unos pocos metros, hasta que sus pies se hallaron al borde de la madera quebradiza del pantalán. Desde esa posición, a pie de mar, espada en mano, jadeante, con el rostro lleno de sudor, sus ojos se lanzaron hasta el pisano, penetraron en la mente del cardenal y le juró que moriría antes que su tío.

Adimari, como si hubiera podido escuchar los pensamientos de Rodrigo, gritó desde la proa de la embarcación antes de perderse en el horizonte:

—¡La voluntad del papa de Roma nunca será alterada. No se detendrá hasta que muera Benedicto XIII y logre recuperar el poder que encierra la Tiara!

Valencia, junio de 1418

La joven mano de María se desplomó a la vez que dejaba deslizar la carta de su hermano, el rey de Castilla, entre los delgados dedos que la sostenían. Una oscuridad fría y penetrante comenzó a rodearla hasta llegar a lo más profundo de su corazón. En ese preciso instante fue consciente de que estaba sola. Un mundo nuevo se abría ante ella, despiadado e inmisericorde, falto de la única persona que le quería, que le amaba, que le aconsejaba.

—¿Qué le ocurre, señora? —junto a ella, su asistente y amiga, Leonor, preguntó preocupada.

—Mi madre ha muerto. —No pudo pronunciar ni una sola palabra más. Sendas lágrimas resbalaron por sus mejillas mientras los párpados se cerraban para esconder el dolor.

—Lo siento, María. —La voz pausada de su inseparable compañera pareció abrazar a la reina—. Recuerde los inteligentes consejos que ella le daba. Intente perpetuar su rostro siempre sonriente y lleno de fuerza. No deje que el tiempo la separe de Usted.

—No sé si seré capaz, Leonor.

—Ella lo hubiera querido, María. Su carácter firme debe servirle de ejemplo. Usted también es reina. Téngala presente en cada una de sus decisiones.

—Era mi guía en este entorno de soledad en el que vivo. Quizás ya nada me importe.

—¡No diga eso! La dureza de la noticia le hace perder el juicio.

María sintió que las fuerzas que le mantenían de pie le abandonaban. Caminó hacia uno de los bancos de piedra del mirador, extendió el brazo izquierdo y lo apoyó mientras dejaba caer con lentitud el cuerpo sobre la fría piedra. Reposó la espalda y la cabeza en la pared a la vez que cerraba de nuevo los párpados. Su mente no era capaz de procesar aún la noticia.

—¡Estaba tan sana, tan llena de vida! Aún no puedo creer que se haya ido. ¡No es posible! —Sorprendida por sus propios pensamientos abrió los ojos, sintió cómo se aceleraba la respiración e irguió con levedad el cuello—. ¿Por qué ha ocupado con tanta rapidez el trono mi hermano Juan? ¿Por qué nadie me había informado antes de la enfermedad de mi madre? ¿Por qué tanta prisa en enterrar su cuerpo? Solo ella garantizaba la estabilidad del reino.

Roma, diciembre de 1418

Santa María en Trastévere era de los pocos edificios que todavía mantenía su esplendor. Alrededor, los cascotes esparcidos por el suelo anunciaban el inminente derrumbe de una pared tras otra, sin distinguir entre casas que habían cobijado a las mejores fortunas y otras con las peores miserias. La decadencia de Roma, de la que huyeron los papas hacía décadas, se había transformado en hambre, ruina y delincuencia.

Junto a la basílica, un pequeño palacio de tres plantas servía, desde hacía meses, como residencia para la corte papal. Ambos acogían de forma temporal a Martín V, que había ordenado acelerar la adecuación de San Juan de Letrán, auténtica y anhelada sede del pontífice.

—Fray Lucca, el papa viene hacia aquí. Al parecer, desea comprobar si ya hemos concluido su encargo. —El joven ayudante, que entró apresurado a la sala, lo temía todo de Martín, cuya presencia era capaz de enmudecerle.

—Bienvenido sea, Vincenzo. —El fraile continuó con su labor sin apartar la mirada de la medalla—. Cuando Martín entre por la puerta, preferiría que no oliese ese miedo tuyo tan intenso. Debéis aprender a ocultar vuestras debilidades, sobre todo ante quien os desprecia.

—Media Roma lo odia.

—Yo diría que muchísimos más. Barrios enteros mostrarían su felicidad en la calle si de repente finalizase su mandato. —El orfebre se detuvo, intranquilo por si alguien lo hubiera escuchado. Levantó la cabeza y miró con detenimiento a su alrededor—. Vaya donde vaya, despierta temor y misterio a partes iguales. ¿Alguien entiende su obsesión con las obras del Palacio de Letrán? El templo estaba viejo, abandonado e inservible. Pero desde su nombramiento, no ha hecho más que invertir dinero en unos trabajos que no acaban nunca. Al final, ha conseguido que por toda Roma circulen historias sobre las verdaderas razones de la reforma. Dicen que sus muros ocultan poderes eternos.

—Hay quien asegura que Martín está obsesionado por San Silvestre, aquel santo papa que puso la primera piedra del edificio. —El discípulo quiso enriquecer la conversación del maestro.

—Puede ser, Vincenzo. Lo único cierto es que la familia Colonna, a cuya cabeza se encuentra Martín, ha consolidado su poder dentro de la curia y logra, por momentos, someter a toda la ciudad.

El sonido sordo de unos pasos puso punto final a la conversación entre el artesano y su ayudante. Cada uno volvió a su rutina al intuir que el pontífice se acercaba, tal y como había anunciado Vincenzo. El papa había ordenado habilitar un improvisado taller en los bajos de su residencia. Allí encerró al anciano orfebre y al discípulo, que trabajaban escondidos del mundo y bajo su supervisión directa.

—Buenos días, fray Lucca. ¿Ha podido concluir el diseño definitivo?

—He preparado una muestra, Santidad, aunque aún no la he concluido. Está sobre la mesa, junto al crucifijo. Espero que sea de su agrado.

El oribe, que había comenzado su vida como escultor, prefería no mirar al papa. Le temía. Le odiaba. No olvidaba cómo lo sacaron del convento en el que residía bajo amenaza de derrumbar el edificio y desterrar al resto de monjes. No tuvo más opción que aceptar el encargo.

Martín se acercó hasta la mesa de madera donde trabajaba el fraile. Apartó con su mano derecha el crucifijo y observó la medalla sin tocarla. Después la cogió despacio y la miró con mayor detenimiento. Su pulgar silueteaba con intranquilidad cada una de las figuras que fray Lucca había realzado mediante intrincados relieves.

—¡No es esto! ¡Inútil! Te dije con claridad que Santiago debía portar una maza. Esta cosa no se sabe ni qué es. —El papa, lleno de rabia, lanzó la medalla contra la mesa. El orfebre se encorvó asustado cuando observó la figura oronda de Martín acercarse hacia él—. Ya te advertí que no podíamos demorar más la confección de las doce medallas. La imagen debe estar clara, nítida. El mensaje tiene que poder leerse sin generar ningún tipo de duda.

Agarró al monje por el cuello de su hábito, lo acercó hacia él y no separó sus ojos de los del temeroso artesano.

—Tu lentitud es despreciable. De no ser por esas manos prodigiosas que posees, ya habría ordenado a otro el encargo. Tienes una semana para completar el trabajo. Sin más errores. Sin más retrasos. Dentro de siete días serán las doce medallas o tu vida.

Cuando pudo controlar su ira, soltó al aterrado anciano y salió de la estancia. Estaba acostumbrado a que cualquier cosa que ordenara se cumpliera tal y como preveía. Lleno de furia se dirigió hacia sus aposentos. Allí lo esperaba Gabrielle, el inmovible tesorero papal.

—Maestro, ¿cree que el papa será capaz de cumplir sus amenazas?

—Tu juventud no permite que conozcas como yo el tortuoso camino de Martín V hasta el papado. No sólo ha sido una aspiración personal, es el plan ancestral de una familia. Están dispuestos a cualquier cosa para alcanzar sus metas. Y en ese camino, tú y yo no somos nada.

—Pero no es propio del primer servidor de Cristo.

—Hay tantas cosas en él que son impropias de su cargo, que nada debe extrañarte. —Fray Lucca se dirigió hacia su silla para sentarse. Una vez reposado, retomó la conversación. —Martín se coronó máximo responsable de la Iglesia sin cumplir los requisitos que ésta exigía, por lo que hubo que recomponer sus cargos con grandes sumas de dinero y en sólo tres días. Contaba 41 años. Después, anduvo de traición en traición, de las cuales resurgió ayudado por el poder de la familia Colonna, cuyo apellido enraíza en la iglesia desde tiempos inmemoriales. Fueron los duros años en los que los papas de Aviñón casi acaban con su nombramiento. Él se encargó de engañar a Gregorio XII, a Alejandro V y a Juan XXIII sin un ápice de remordimiento. El único al que no pudo doblegar fue Benedicto XIII. Pero ahora, aquí lo tienes, al frente de la Iglesia, con el poder omnímodo que le da su cargo para disponer del alma de las personas.

—¿Por qué le ha dicho que la medalla no estaba terminada, maestro? Tanto la representación de Santiago como la de Martín las retocamos Usted y yo ayer. ¿Por qué le ha enseñado una versión anterior?

—Vincenzo, fiel amigo. Nada bueno pueden deparar estas medallas. ¿Acaso crees que el papa va a dejar algún cabo suelto? Debemos prepararnos para lo peor. —El fraile observó cómo palidecía la cara de su discípulo—. No temas. Hagamos bien nuestro trabajo y confiemos en la escasa piedad que aún existe dentro de su menguado corazón. —El incómodo silencio del miedo se extendió por el taller. El fraile se volvió hacia sus herramientas, preparó la medalla y retomó el trabajo—. Alguien debe conocer algún día lo peligrosas que son estas medallas. Debemos dar la oportunidad a otros para detener al papa.

—¿Cómo lo hará, maestro? —Un pequeño hilo de voz salió del conmocionado discípulo.

—La respuesta siempre está en la biblia, Vincenzo. Alguien habrá que sepa descifrarla. Ayúdame a grabar estos versículos en la medalla. —El discípulo se acercó, tomó también asiento, preparó las herramientas y esperó las indicaciones del orfebre—. En la cara donde está representado Martín, en la parte más baja de la medalla, debes grabar con letra pequeña pero legible «Isaías 13:11 1-3». Cuando termines, en el reverso, bajo la maza, deberás grabar de la misma forma «Éfesos 5:6». Además, la letra «o» tiene que estar cruzada por una línea diagonal de abajo hacia arriba, de izquierda a derecha. Confíemos en el destino, Vincenzo.

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO I

Segovia, junio de 1423

Las paredes del Alcázar aún desprendían el frío penetrante de la noche segoviana. A pesar de ello, el personal de servicio trabajaba desde primera hora de la mañana en el traslado de la infanta Catalina. Los pasillos de la fortaleza eran un trasiego constante de personas y enseres. Las doncellas de la infanta se movían a toda prisa, de un lado a otro, para tratar de terminar lo antes posible y poner a salvo, incluso, sus propias vidas. El anuncio de represalias contra los seguidores de Don Enrique, su esposo, dos días antes, puso en movimiento a toda la ciudad.

Hacia cinco años que la reina madre, Catalina de Lancaster, había fallecido en extrañas circunstancias. El reino de Castilla estaba sumido en el caos derivado de la disputa entre Don Álvaro de Luna, noble de origen aragonés, y Don Enrique de Trastámara, infante de la Corona de Aragón, por obtener el favor del rey Juan II y el poder sobre todo el territorio.

—En cuanto podáis, recoged vuestras cosas y escondéos en la morada de algún familiar. Cuando lleguen los emisarios del rey, convendría que mis más fieles servidores no estuvieran localizables. Mi hermano ha perdido el juicio y nada bueno se puede esperar de él —indicó Catalina.

—Mi señora, es tan injusto, tan incomprensible, tan...

—Callad, Jimena. Ya no hay tiempo de lamentos. Por favor, buscad cobijó y poneos a buen recaudo. ¡Vamos! Los emisarios

del Rey pueden presentarse en cualquier momento y no creo que tengan piedad con ninguna de nosotras. Yo abandonaré el alcázar con mi hermana. Me espera desde primera hora de la mañana.

Catalina vio cómo se marchaba la joven doncella que más tiempo había estado a su lado. Por unos instantes, sintió el miedo de la soledad, enfrentada a un viaje cuyo pensamiento no le aportaba más que incertidumbre. Cuando recuperó el ánimo, dio media vuelta y comenzó a caminar con paso acelerado hacia la zona noble del edificio. En esas estancias se sentía segura, notaba que los recuerdos la protegían, envolvían su cuerpo y le hacían olvidar el peligro. Había acudido allí la noche anterior, después de que uno de los hombres de su marido le alertara de la llegada de emisarios del rey para acabar con su vida.

Hacía casi diez años que la reina madre había mandado construir en el alcázar la Sala de la Galera. Sus paredes vieron jugar decenas de veces a las infantas en una demostración de complicidad de la que carecían los otros hermanos.

Era la estancia preferida, sobretodo de María, la hermana mayor. Desde pequeña, había sentido una atracción cautivadora por el artesonado del techo. Se tumbaba en el suelo, observaba la sucesión de vigas de madera e imaginaba que aquel salón con forma de barco invertido comenzaba a navegar con el rumbo que ella misma marcaba.

Esa mañana volvía a pisar la sala como reina de Aragón. Atrás quedaban los años de infanta interrumpidos por una tempranera boda de Estado. Aquella niña que correteaba por el Alcázar se había tornado en María de Castilla, esposa de Alfonso V, rey de la Corona de Aragón.

Sentada sobre una jamuga oscura, se dispuso a perderse de nuevo en marineros sueños sin percatarse de que su querida hermana, Catalina, acaba de entrar en la sala.

—¿Aún jugáis a surcar sola los océanos enteros? —Un gesto infantil y mordaz invadió su rostro—. Me alegra comprobar que

vuestro matrimonio no ha hecho desaparecer a la hermana mayor con la que deambulaba por este palacio.

María se levantó con rapidez, alzó su falda y corrió hasta fundirse en un abrazo eterno con Catalina. Durante algunos segundos, las dos permanecieron inmóviles. A pesar de los ropajes, notaban el acelerado bombeo de la sangre mientras sus ojos seguían cerrados. Al final, María se separó de su hermana, la cogió por las manos y la miró con intensidad.

—¿Cómo estás? ¿Cuánto tiempo sin verte? Cada vez te noto más guapa, más mujer, más feliz. ¿Cómo está tu marido? ¿Lo tenéis todo preparado? ¿Podemos marchar ya? ¿Habéis avisado a...?

—Parad, hermana, por Dios. Respirad y dejad que os cuente. No es bueno preguntar tanto sin antes sentarse. —Ambas caminaron hasta el mirador y se dejaron caer sobre las almohadas que jalonaban los bancos de piedra—. Observad, María, desde aquí se divisa toda la ciudad. Allí abajo.

—No hace tanto que nuestra madre nos enseñaba a distinguir gremios y barrios.

—Es cierto. Parece que aún se oyen los ecos de sus palabras entre estas paredes. ¡Cuánto quería madre este palacio, María!

—No me acostumbro a su ausencia. Si no fuera por Leonor, mi Camarera, habría sufrido mucho más su muerte. —La reina, emocionada, se detuvo. Cuando recuperó el aliento, levantó la cabeza y cambió de conversación para evitar el dolor—. ¿Recuerdas a Leonor? Correteaba con nosotras desde niña.

—Por supuesto. Son imágenes de felicidad las que tengo junto a ella.

—Sigue a mi lado. Se ha convertido en mi mejor y más fiel compañera.

—Me alegra oír eso. Todas necesitamos una amiga en quien confiar nuestros secretos. —Una sonrisa maliciosa surcó los labios de Catalina—. Por cierto, ¿a ella le contáis cómo os va con vuestro esposo? ¿Qué hay de cierto sobre los rumores de alcoba en Nápoles? ¿Pensáis perdonarle alguna vez?

—¿Hasta aquí han llegado las habladurías? Por favor, hermana. Si es verdad, obraré en consecuencia. Pero no hago mucho caso a las historias de viejas chismosas. Prefiero pensar en el gobierno de mi Corona. —Entre ambas se hizo un largo silencio hasta que María recordó lo que la había llevado a Segovia, dejó de mirar por la ventana y cogió la mano de Catalina—. ¿Cómo estáis de verdad? Imagino que sufres en silencio, pero he venido para darte ánimos y recorrer juntas el camino de vuestro retiro a Aragón. Ya está todo dispuesto para que permanezcáis en mi reino el tiempo que estiméis oportuno.

—Nuestro hermano Juan, rey de Castilla, como me recuerda cada vez que le veo, no ha sido justo ni con mi esposo Enrique ni conmigo. Después de ayudarle a que nadie usurpara su corona, ahora se deja arrastrar contra nosotros por Don Álvaro de Luna. ¡Infame impostor! Tendrá mi odio eterno.

—No recriminéis a Juan, hermana. Ya sabíais cómo era Enrique cuando accedisteis a casaros con él. Nunca tiene suficiente, nunca dejará de luchar. Además, este destierro será solo por un tiempo. Estoy segura de que en breve volveréis a Castilla. Tened presente que mi esposo, el rey Alfonso, os protegerá.

—No lo sé, María. Espero que así sea. —Catalina se detuvo unos segundos—. Tengo todo preparado para salir hacia vuestros dominios. Va a ser un trayecto largo, pero seguro que juntas se nos hará más llevadero. ¿Cuándo partimos? ¿Habéis ordenado ya ensillar los caballos? ¿Podremos trotar a nuestro aire?

—Jajajaja. Ahora sois vos la que pretendéis llenarme de preguntas. Anda, Catalina, levántate y vístete más ligera para el viaje. Salimos en menos de dos horas.

Las dos hermanas recorrieron toda la sala hasta la puerta sur. Al salir al pasillo, Catalina se detuvo y, con expresión seria, miró a María.

—Temo por nuestra vida, hermana. Los soldados de Juan vienen hacia aquí con intención de matarnos.

—No digas bobadas, Catalina. El Rey no se atrevería nunca a asesinar a su propia familia.

—Uno de nuestros hombres llegó ayer con información sobre las órdenes del consejero real. No quieren permitir que nos marchemos al exilio. Desean acabar con Enrique y conmigo.

—No creo que nuestro hermano esté dispuesto a derramar tu sangre. Pero mejor será que partamos cuanto antes para evitar el riesgo. La situación se está complicando y vamos a necesitar más apoyo que nunca para evitar una guerra entre Castilla y Aragón.

—Decíme, María, ¿es cierto que tenéis en vuestro poder la Tiara de Benedicto XIII? En la corte de Castilla se murmura que os habéis hecho también con los manuscritos de su biblioteca, los mismos que Roma anhela. Imaginaos si fueran ciertas las fantásticas historias que rodean ambos tesoros.

—Habéis oído demasiados chismes en palacio. Ahora, lo que más urge es partir hacia Aragón. Si esos soldados llegan a Segovia, no podremos evitar el enfrentamiento. Así que, marchad ya, hermana, por favor.

Catalina abandonó la sala de la Galera en dirección a sus aposentos. Desde el pasillo, María observaba a su hermana alejarse de forma precipitada. El movimiento rápido de sus piernas le devolvió de nuevo a la niñez, cuando ambas huían del castigo materno. Después, se escondían en aquel pequeño salón, al calor de la chimenea, y soñaban a través de las historias que colgaban de los enormes tapices.

—¡Señora! Los soldados del rey Juan se encuentran a menos de media jornada. Debemos partir cuantos antes.

La potente voz del guardia interrumpió los pensamientos de la reina. María agarró la falda con sus dos manos, la alzó hasta dejar libres sus tobillos, y se dispuso a marchar con rapidez hacia el patio de armas.

—Comunique al capitán que partimos con urgencia. Si los emisarios de mi hermano llegan antes de que nos hayamos marchado, nuestra vida habrá concluido.

Roma, junio de 1423

El papa se acomodó junto a la ventana, en la opulenta silla que el emperador le había regalado por su aniversario. Martín gustaba disfrutar del sol romano durante los fríos meses de invierno. El trabajo había sido agotador en las últimas semanas, por lo que estos breves momentos de descanso se convertían en un lujo del que no era ajeno. Fiel a su propia agenda, decidió esperar la llegada del tesorero mientras repasaba, en silencio, la lista de los nobles del sur de Francia con los que podía contar para la causa.

—Siéntate, Gabriele. Supongo que ya está preparado para partir hacia Peñíscola el legado pontificio.

—Buenas tardes, Santidad. —El tesorero papal, mano derecha de Martín, se quedó de pie frente a la silla gestatoria donde le esperaba el pontífice. Sacó una carta lacrada, la abrió con destreza y se la entregó a Martín—. Nuestro enlace en la Corona de Aragón nos remite el nombre del asesino que está dispuesto, esta vez sí, a acabar con la vida de Benedicto.

—¡Maravilloso! Por fin una buena noticia. —El papa se puso en pie y comenzó a caminar—. Confieso, sin embargo, que ya no me preocupa en demasía ese tema. Lo doy por muerto. Lo que me interesa ahora es poder activar nuestros planes cuanto antes. No pueden esperar ni un minuto más.

—¿Están preparadas ya las medallas, Santidad? Si Benedicto muere antes de un mes, debemos enviarlas, tal y como Usted lo ha previsto. El rey de Francia y el emperador esperan indicaciones para activar su parte del plan.

El papa se dirigió hacia la esquina desde la cual divisaba la fachada románica de Santa María. Su nariz aguileña rozaba la vidriera de la ventana y la cubría de vaho mientras la casulla, que lucía piedras preciosas incrustadas alrededor de un huevo bordado en hilo

de oro con una pequeña inserción hacia el interior, se arrugaba al apoyarse en el alféizar.

—Cuando el polvo de ese anciano se haya dispersado por el Mediterráneo, nada impedirá que obtenga la Tiara y el manuscrito del Liber Censuum. Tengo que poseerlo sea como sea.

En ese momento, la puerta de la estancia se abrió sin previo aviso. El cámara papal dio un paso hacia el pontífice y, una vez dentro, se percató de que estaba acompañado por el tesorero.

—Disculpe, su Santidad. No sabía que tenía visita. Volveré más tarde para traerle la medicina de la cena.

Martín giró con brusquedad su cuerpo y, a grandes zancadas, se dirigió al intruso. Cuando llegó a su altura, sin detenerse, alargó la mano hacia el cuello y lo empujó hasta toparse con la puerta de entrada. Lleno de ira, apretó sus dedos alrededor de la garganta de la amedrentada víctima. Al notar el bombeo de la sangre en la yema del pulgar aflojó la presión.

—Que sea la última vez que entras en mis aposentos sin llamar antes a la puerta. Si en algo aprecias tu vida, espero que no olvides lo que acabo de decirte. ¿Lo has entendido? ¿Lo has entendido bien? —gritó por segunda vez. Solo entonces soltó el cuello del aterrizado cámara papal—. ¡Márchate ahora mismo! ¡Fuera de mí vista!

Al cerrarse la puerta, el tesorero se apresuró a tranquilizar a Martín:

—El cámara no ha podido escuchar nada, Santidad. Debe Usted calmarse. ¿Le parece que sigamos con los asuntos del gobierno de Roma?

—No es momento para más audiencia, Gabrielle. Pongamos en bandeja de plata al rey de Francia el control del centro y sur de Europa y extendamos nuestra influencia por los dominios del emperador del Sacro Imperio Germánico. Aprovechemos que ya no reina Catalina en Castilla y extendamos nuestro poder. —Martín sonrió de forma irónica—. Después, yo reinaré sobre ellos.

Peñíscola, junio de 1423

Rodrigo sentía una profunda oscuridad a su alrededor. No percibía las paredes de piedra, ni los tapices, ni olía el sobrecargado ambiente a incienso de la estancia. Incluso el suave crepitar de las velas que rodeaban al féretro le era ajeno. Solo recordaba, una y otra vez, la imagen de su tío, de Benedicto XIII, de Don Pedro Martínez de Luna.

Yacía ante él, rígido, investido de santidad, de un alma infinita acrecentada por la espesura blanca que las ropas papales le conferían. Algunos aseguraban que 94 años habían sido suficientes para una vida de lucha y que la débil luz se había apagado agotadas ya sus fuerzas. Otros, con las pruebas de la ira y la necesidad de venganza, confirmaban que Martín había logrado, por fin, acabar con el anciano que impedía su reinado absoluto sobre la cristiandad.

Sea como fuere, el capitán de los *Trainers* se encontraba ante uno de los trances más duros de su vida. Hasta donde el recuerdo le alcanzaba, había sido el guardián de la vida de su tío. Escaparon de Aviñón cuando todos les daban por muertos; lucharon contra Martín desde Peñíscola; evitaron el primer intento de asesinato del papa de Roma; pero no había podido esquivar la falta de fuerzas de un cuerpo reducido a piel y huesos.

Desde que cumpliera 90 años, sin saber muy bien por qué, se había preparado para ese vacío que ahora sentía. Sabía que más pronto o más tarde llegaría el final de un camino al que se sentía orgulloso de pertenecer.

—Debes sobreponerte, Rodrigo—. El hermano de Rodrigo y jefe de la guardia personal del fallecido pontífice entró en la estancia sin que el capitán se hubiera percatado. —La ciudad entera espera para honrar, por última vez, a su Papa Luna.

—Lo sé. Déjame tan solo unos minutos más. Quiero despedirme por última vez de nuestro tío.

—No lo demores. —El sobrino menor del fallecido dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! —Rodrigo se incorporó para recuperar la conciencia perdida en compañía del cuerpo incorrupto de su tío—. No me fío de nadie. Por favor, haz todo lo que esté en tus manos para que el cardenal Bonefai honre como se merece a Benedicto XIII. Deja que administren sus tesoros pero evita, en último término, que esquilmen nuestros recursos. La Orden debe continuar. Nuestro trabajo no ha hecho más que empezar.

—Así será, Rodrigo.

—Por cierto, ¿has concluido la investigación sobre la muerte de nuestro tío? A pesar de su edad, sigo sin creer que haya pasado a mejor vida de forma natural.

—No hemos encontrado nada sospechoso en su comida ni en su cuerpo. Pero estamos tratando de averiguar el paradero de uno de los sacerdotes, Juan Porcel, ausente desde ayer. Junto a él, han desaparecido también algunas piezas de oro de la iglesia.

El sobrino del Papa Luna se levantó de un solo movimiento, con ira, tornó su mirada hacia su hermano y le preguntó de forma abrupta.

—¿Te parece solo una coincidencia? Quiero encima de mi escritorio todos los datos sobre ese sacerdote: cuándo se incorporó al servicio, sus orígenes, su familia, sus amigos, ¡todo!

—Ya lo averiguarán mis hombres. Ahora debemos respetar el velatorio de nuestro tío.

—Tus hombres no son suficiente. Yo me encargaré del tema. —Rodrigo se volvió hacia el cuerpo yacente de Benedicto con la mano en la empuñadura de su espada—. Si Martín cree haberse librado de nosotros y del legado de nuestro tío, está muy equivocado. Jamás permitiremos que esa estirpe reine entre los católicos. ¡Te prometo que no descansaré hasta ver derrotado al enemigo que todos temen, a quien ha usurpado el poder en la Ciudad Eterna, a quien, estoy seguro, ha ordenado envenenar, una vez más, a Benedicto XIII, verdadero papa de la cristiandad. No dejaré que su obra se expanda, que someta a todo Occidente como si de un simple territorio se tratara. La Tiara reinará junto al Santo Grial.

—No pienses aún en eso. Honremos hoy la memoria de Don Pedro. El pueblo lo quería.

—Honraré mejor su memoria cuando tenga delante de mis ojos a ese sacerdote y averigüe qué trama Roma una vez fallecido Benedicto. Prepara mi caballo y dile a mis hombres que partiremos al amanecer.

Roma, junio de 1423

La oronda figura del pontífice se movía con desprecio por el improvisado taller artesano situado en los bajos de su palacio. Cinceles esparcidos por el suelo empedrado, moldes hechos añicos, libros, candiles, papeles y restos de escoria convertían el habitáculo en un caos incomprensible. A pesar de todo, Martín no estaba sorprendido. Se acercó hasta la mesa de trabajo donde se encontraba el pequeño cofre de madera volcado, lo cogió con las dos manos y fijó en él su mirada. Mientras lo observaba, decidió el acomodo de cada uno de los tesoros que contenía. Después, una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—¡Soldados! Limpiad todo esto y deshacedos de los cuerpos. Esta vez, no quiero que aparezcan flotando sobre las aguas del Tíber. Nadie puede conocer el destino del orfebre y su discípulo. De lo contrario, os haré responsables directos. —El papa mostró su rostro más severo cuando terminó de hablar.

—Su Santidad, debemos regresar ya. Os recuerdo que tenemos la visita de la familia Baglioni para tratar los asuntos de Perugia.

El tesorero papal, que había permanecido en silencio hasta ese momento, intentó convencer a Martín para abandonar los sótanos del edificio y aquella estancia envuelta en el calor aún latente de los dos cadáveres. El papa entendió el mensaje, dio media vuelta y marchó envuelto en sus propios pensamientos. Su cabeza no dejaba de trabajar, animada por la caja que llevaba entre las manos.

Cuando ya no pudo reprimir por más tiempo su silencio, se dirigió de nuevo al tesorero.

—Esta vez, el sueño que tanto hemos perseguido está a punto de ser real. Tengo en mi poder las medallas, ha muerto mi peor enemigo y tanto Francia como el Sacro Imperio están bajo mis pies. ¿Puedo necesitar algo más? —Martín se detuvo un instante y, antes de que su acompañante pudiera hablar, quiso apuntalar sus palabras—. Hoy comienza una nueva época en la que por fin ocuparemos el lugar que nos corresponde, querido Gabrielle.

—No se precipite, Santidad. La muerte de Benedicto ha sido una buena noticia, pero aún queda un larguísimo camino por recorrer. —El tesorero se mostró mucho más cauto que Martín—. Celebremos con prudencia la desaparición pero maniobremos para poder controlar al sucesor y zanjar el Cisma antes de poner en marcha nuestros planes. Esta vez no fallaremos.

